

MARIO VARGAS LLOSA: UN NOVELISTA POLIÉDRICO

Susana Agustín

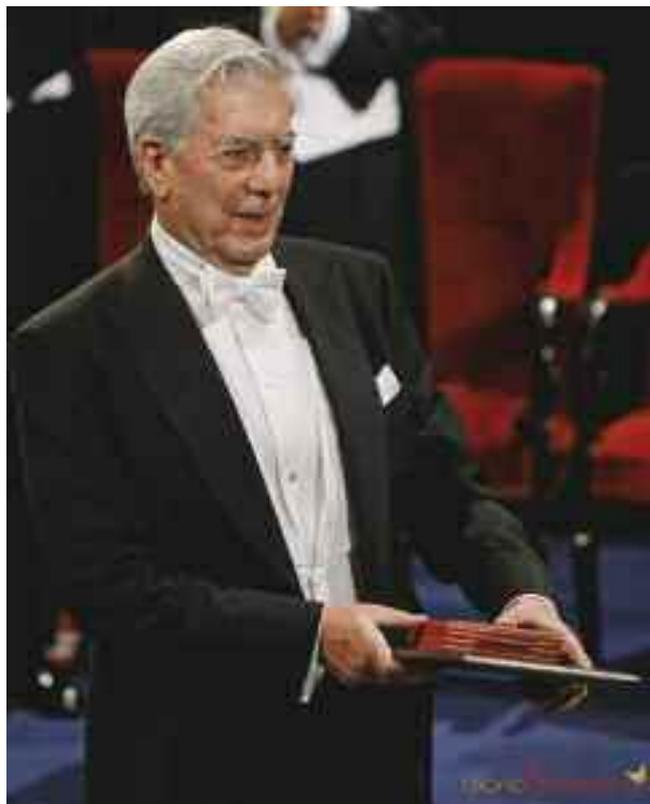
Doctora en Filología Hispánica. Profesora de Enseñanza Secundaria

El mejor homenaje que a todo buen novelista se le puede brindar es leer sus obras. Pero si además encuentra reconocida su carrera con la concesión del premio literario más importante, los homenajes se tornan en una sucesión de congresos, conferencias, encuentros, lecciones y debates que bombardearán al lector común y suscitará toda suerte de polémicas entre los especialistas. Pero cuando el escritor es nada menos que Mario Vargas Llosa, el homenaje se multiplica casi hasta el infinito, tantas son las distintas lecturas que sus libros ofrecen a todos los públicos, admiradores, profesores o estudio-

sos. El nuevo Nobel es autor de numerosas novelas, ya inmortales e intemporales, cuyo logro reside en presentar el acontecimiento más extraordinario como lo más normal y verosímil del mundo. La complejidad radica precisamente en ofrecer lo sucedido con absoluta naturalidad. Porque su obra no sólo es inmensa y magnífica, también es poliédrica, cubista, en ocasiones, esperpéntica. Son muchas las páginas de Vargas Llosa en las que descubrimos las huellas del Valle-Inclán más moderno.

Uno de los aciertos incuestionables de Vargas Llosa consiste en mezclar a partes iguales dosis de realismo mágico y esperpento: ambos son dos buenos ingredientes con los que escribir una novela genial. Pero el Nobel no pretende deformar sistemáticamente *el sentido trágico de la vida española*, como lo hiciera Valle un siglo antes. La realidad que plasma el peruano ya está suficientemente deformada. Y de manera harto sorprendente. Vargas Llosa no precisa de espejo cóncavo alguno: cualquiera le sirve para que el lector contemple la *deformación grotesca de la civilización* tal y como es. Maneja a la perfección ese doble código mediante el cual caricaturiza la situación al tiempo que adquiere un significado más profundo, cargado de ácida crítica e intención satírica. La novela no necesita más y así una de sus criaturas clama, *pero ¿cuándo se nos jodió el Perú?* Acaso el novelista no buscaba contestación alguna, tan solo que nos cuestionásemos si se trataba de una interrogación retórica. Aunque seguramente la pregunta adquiere dimensiones más amplias, pues tiene más calado.

Del mismo modo que Valle ahonda en los nuevos gustos y estilos que han traído consigo las vanguardistas cuando crea su esperpento, así Vargas Llosa indaga en una nueva estética literaria. Parte del boom de la narrativa hispanoamericana, aunque superándolo, pues coloca la narrativa en el siglo XXI. Su creador ha implantado un singular estilo en el que mezcla realidad y ficción. En algunas ocasiones resulta bien evidente, *La tía Julia y el escribidor*, *La fiesta del Chivo*. En otras, no tanto: *¿Quién mató a Palomino Molero?*, *Lituma en los Andes*. A veces lo novelado eclipsa todo a su alrededor, historias reales o ficticias. Es el caso por ejemplo de Roger Casament, el complejo personaje de *El sueño del celta*. O de Flora



Vargas Llosa recibiendo el nobel de Literatura 2010, en reconocimiento a toda su carrera.

Tristán y Paul Gauguin cuya entidad histórica queda trascendida en *El Paraíso en la otra esquina*. La novela ha superado al ser mortal, al individuo de carne y hueso, la creación narrativa prevalece sobre el dato biográfico.

Hombre atento, sensible e implicado con la época en que le ha tocado vivir, Vargas Llosa no duda en incorporar la técnica cinematográfica a su narrativa. Así el tiempo interno de la narración discurrirá de diferentes maneras a capricho del novelista, que como el director de cine juega con los planos, las secuencias y el montaje antes de ofrecer el resultado final a sus espectadores. Varias historias discurren paralelas en *La tía Julia y el escribidor*. Distintas acciones convergen en algún punto en *Conversación en La Catedral*. Hilos narrativos se ocultan, aparecen, desaparecen y reaparecen de nuevo en *Los cuadernos de don Rigoberto*. Algunas tramas se ofrecen superpuestas o yuxtapuestas como en *El Paraíso en la otra esquina* y en *La casa verde*. O bien un tiempo aparentemente lineal oculta varias acciones, convergentes o divergentes según el parecer del escritor, que se pierden una y otra vez para reencontrarse en *Travesuras de la niña mala*. Pero en todo momento prevalece un elemento común que el novelista maneja con especial maestría: la elipsis, recurso también excepcional de la pluma de Valle-Inclán. Nada sobra en las obras de Vargas Llosa, ningún adjetivo, ninguna descripción, ninguna reflexión. Todo está celosamente medido y la expectación del lector va incrementándose con silencios, con acontecimientos que ya han pasado, aunque no los haya percibido, con sentimientos que irá descubriendo poco a poco, con sensaciones e impresiones que se revelan en pequeñas dosis. Indudablemente solo podíamos comprender la complejidad y la riqueza de matices de *Madame Bovary* tras estudiar el análisis que Vargas Llosa nos ofrece. La grandeza de la elipsis en sus manos posibilita la creación de obras intemporales.

Su maestría se demuestra en el uso del estilo indirecto libre. Ningún lector entra en ningún momento en conflicto con los personajes, cuya conciencia queda desnuda y a la vista de todos. Antes al contrario, siente una mayor implicación con ellos. Ahonda en los matices que muestran sus etopeyas y profundiza en cuantas perspectivas se ofrecen. Los guiños se suceden en los diálogos. Asistimos a un coro en el que se distingue una gran variedad de voces: se escucha el habla de los cholos, nos contagiamos con los diminutivos de los miraflores, sonreímos con sus huachafierías, descubrimos giros castrenses y percibimos los vulgarismos que pronuncian entre dientes. Pero Vargas Llosa se nos presenta siempre elegante, nunca cae en lo soez, su dominio del idioma es extraordinario. Nos manipula hasta convertirnos en cómplices de todos y cada uno de los narradores de sus obras. El lector queda así atrapado en las redes sabiamente tejidas por el novelista: cuando ha comenzado a leer alguno de sus libros, no parará hasta llegar al final. Y todo esto lo consigue mediante la técnica y los temas que aborda. Porque son muchos los ángulos que su obra ofrece, los planos y las aristas que descubre en una misma obra. Las grandes pasiones del ser humano, amor, amistad, erotismo, sensualidad, fluyen junto a las mayores miserias que es capaz el hombre de infligir: miedo, terror, torturas, vilezas, vejaciones, ruindad, maldad, rencor, humilla-



ción, despotismo... La riqueza temática en estas novelas adopta carácter universal cuando aborda determinados asuntos: los derechos humanos, la abolición de la esclavitud, la libertad del individuo, los nacionalismos, la lucha obrera, las dictaduras, la actuación de los servicios secretos a instancias del Estado... Podría resultar demasiado denso el resultado, pero el dominio de Vargas Llosa le lleva a dosificar el sentido del humor. Así unas veces provocará la carcajada, la sonrisa, será caricatura o fina ironía.

Cuando Mario Vargas Llosa regrese a la Feria del Libro del Retiro para firmar sus libros, muchos lectores le felicitarán. Por el Premio, cómo no. Pero también porque es el gran novelista de nuestra época, porque ha investigado en apuestas arriesgadas y ha intentado siempre nuevas fórmulas en cada una de sus novelas jugándose, porque ha sido valiente y ha conducido la narrativa por los nuevos desafíos y la ha colocado ante un nuevo horizonte. Porque ha demostrado, en fin, en cada una de sus entregas la grandeza del poliédrico escritor que sin duda es. Vaya desde aquí nuestra enhorabuena por tan merecido galardón. Y mientras suspiramos que por fin se ha hecho justicia, no dejamos de pensar en tantas horas inmersos en sus obras, tantas tardes persiguiendo a *la niña mala*, viviendo en *la casa verde*, visitando a *don Panta*, conversando en *La Catedral* y últimamente, *soñando con el celta*.